

¿Latinoamérica o Indoamérica?

Torcuato S. Di Tella

Quizás una conferencia organizada por la Academia de la Latinidad no sea el mejor lugar para plantear esta disyuntiva, o quizás sí, por lo amplio de los panoramas intelectuales que en general se plantean en estas reuniones. La experiencia de Roma —que al fin y al cabo algo tiene que ver con la latinidad— ha sido históricamente la de integrar diversas corrientes de pensamiento, empezando por la griega y la egipcia, incluyendo otras orientales, como la hebrea y su variante cristiana. Esta integración no se hizo siempre sin violencia —en realidad, casi nunca— pero el resultado fue que el área mediterránea fue por siglos uno de los lugares con más fusión y convivencia de culturas y religiones. Para encontrar otra experiencia parecida habría que avanzar varios siglos, durante

alguno de los varios imperios y califatos musulmanes, o en su extensión andaluza, cosa realmente extraña dada la actual etapa por la que pasa una buena parte de los adeptos a esa religión.¹

En nuestra América algo de ese tipo ocurrió, de manera aún más violenta, pero el resultado también ha sido una coexistencia de culturas y una mezcla étnica que no tienen parecido en ningún otro lugar del globo, aunque la forma en que ocurrieron no es como para enorgullecer a nadie. De todos modos, el hecho es que eso es lo que hay, y sobre eso hay que construir nuestra identidad.

LA INVENCION DE INDOAMÉRICA

Seguramente Haya de la Torre pensaba estas cosas cuando decidió llamar al continente —cuya unidad propiciaba— con el nombre de Indo-, y no Latino-América.² Esto es porque gran parte de nuestra población no tiene nada de latina salvo, en la mayor parte de los casos, el idioma. El nombre seleccionado por Haya se refiere, por supuesto, a las Indias Occidentales, otro nombre basado en una equivocación sobre dónde estaban exactamente los primeros colonizadores. La palabra tiene algo de anfibología, pues parecería señalar que lo genuino que hay entre nosotros son los pueblos indígenas, lo cual no es un enfoque realista porque no se pueden deshacer cinco siglos de historia. Lo que se puede es reparar sus crímenes y construir una nueva realidad sobre la lamentable que hoy existe.

Uno de los objetivos de Haya de la Torre al elegir ese término era poder incluir a todo el Caribe, incluyendo desde ya el aporte inglés y dando relevancia a países donde la comunidad afroamericana ha podido construir sus propios países independientes, superando su rol de minoría discriminada. ¿Será conveniente, o posible, que lo mismo ocurra con las etnias originarias americanas? En principio, sí, aunque las dificultades políticas y económicas para que ello ocurra sean muy grandes. Grandes, pero no insuperables. Ahora bien, ¿cómo puede ello llegar a ocurrir? Si analizamos el panorama internacional sin pensar en excepcionalismos americanos, no podemos dejar de constatar que eso es lo que ha ocurrido por muchos lados, e incluso está en vías de verificarse en lugares tan insospechados como la misma Bélgica, aparte de los casos españoles y los más trágicos de los Balcanes y del Cáucaso, aparte de muchos africanos. En esos casos, las diferencias lingüísticas y a veces religiosas han tenido un importante rol. Ninguna de esas diferencias es muy central entre nosotros, aunque sí lo es la étnica, que a veces tiene correlatos de ese otro tipo, como ocurre con los idiomas nativos aún bastante practicados, o los intentos de resucitar religiones que parecían desaparecidas, o de darle más rango a lo que se consideraba supersticiones, como los ritos afrocubanos y afrobrasileños.

LA VÍA DEL SEPARATISMO

Siempre ha habido entre los pueblos originarios sectores orientados hacia un fuerte autonomismo respecto a

los Estados nacionales existentes, bordeando a veces con el separatismo, que podría adquirir ribetes violentos. Es sugestivo al respecto que en un país como Bolivia, en que se podría haber pensado en un separatismo de las comunidades quechuas o aymaras, al final parecen ser los “blancos” o mestizos los que amagan con separarse, o autonomizarse radicalmente, cuando son los indígenas quienes parecen estar adueñándose del Estado nacional. O sea, que el resultado sería el mismo, aunque la fuerza rupturista sea distinta, hasta opuesta desde un punto de visto de estratificación social. Porque en general se supone que es la etnia discriminada la que puede albergar deseos de apartarse y formar su propia comunidad independiente.

En casi todos nuestros países, los sectores minoritarios y discriminados son los indígenas, o los de origen africano. Estos últimos, sin embargo, son mayoría en varios lugares del Caribe, a veces sumándose a otros también discriminados, y además minoritarios, como los de origen indostánico o indonesio. Ciertamente es que la experiencia de gobierno de varios de esos países no ha sido ejemplar, pero eso también ha ocurrido con los de predominio europeo (y en la misma Europa, si recordamos su horrorosa historia). Cada comunidad no puede menos que seguir su propia trayectoria. Y aunque no suscribamos a un simple evolucionismo lineal, se vuelve bastante claro que la experiencia de llegar a una convivencia democrática y consensual es larga y llena de crisis y de crímenes. Lo mismo ha ocurrido en gran parte de África

(incluyendo a la de predominio blanco, en su época), y también en Rusia y China y, antes, en el Japón. Esto está lejos de significar que todos los países deben pasar determinística y simplificadamente por etapas parecidas, desde la anarquía semifeudal hasta el absolutismo y luego una forma de democracia. Pero es bueno recordar el propio pasado cuando se quiere juzgar el de los demás.

CADA UNO EN SU CAMINO

Además es inevitable —e importante y positivo— que cada sociedad acumule su propia experiencia histórica, por más tropiezos que experimente en su camino. Desde ya, eso es lo que ha ocurrido a todos nuestros países en la región, y aunque no deje de haber algunos *esprits forts* que sostienen que hubiera sido mejor no independizarse de nuestras tradicionales potencias coloniales, la verdad es que esa vía no estaba a nuestra disposición, aunque sí podía haber habido alguna forma de asociación tipo *Commonwealth*, como la que de hecho ocurrió, al menos por un tiempo, entre el Brasil y Portugal.

Dejando de lado el caso boliviano, en que las cosas parecen estarse dando “al revés”, hay que preguntarse: ¿sería bueno —aparte de posible o no— que diversos grupos étnicos asumieran avanzadas formas de autonomía, o aún de creación de Estados nuevos e independientes? Si eso ocurrió en tantos otros lugares del globo, ¿por qué no en nuestra región? ¿Por qué no una Araucanía independiente, formada con pedazos de Argentina y

Chile?³ Y no se diga que al no tener acceso al mar sería inviable, porque tampoco lo tienen Hungría ni la República Checa, y no están peor por ello. Con esto no estoy minimizando la gravedad de la situación boliviana, ni la injusticia de su pérdida de la costa, pero el problema no radica en eso sino en otros aspectos, bastante bien conocidos por otra parte, y en todo caso en la pérdida de los recursos mineros de Atacama, no de su falta de puertos. Conste que no estoy proponiendo nada, simplemente —por ahora— estoy analizando alternativas, sin horrorizarme, eso sí, ante ninguna de ellas.

Estoy consciente de que la perspectiva de una nueva Araucanía independiente no tiene realismo en nuestra actualidad ni en nuestro previsible futuro. Pero lo que podría adoptarse son formas avanzadas de autonomía, casi como las que imaginan poder llegar a tener los pueblos del Oriente boliviano, rediseñando desde ya los límites departamentales o hasta los provinciales, como se hizo hace más de un siglo con la Provincia de Buenos Aires, de la que fue superada la Capital Federal (cierto es que costó una guerra civil, pero hay otras formas de hacerlo).

**LOS REDISEÑOS GEOGRÁFICO-INSTITUCIONALES:
¿NUEVAS NACIONES? ¿NUEVAS PROVINCIAS?
¿NUEVOS MUNICIPIOS?**

Pero volvamos a nuestra imaginaria Araucanía. Sin pensar en su independencia, ¿por qué no formar, del lado

argentino y como etapa, una provincia nueva, con partes de Neuquén y quizás Río Negro, algo como han hecho los canadienses con los inuit?⁴ Sería una provincia extraña y bastante poco poblada.⁵ Como Tierra del Fuego, digamos, y nadie (o muy pocos) se escandalizan de que ésta tenga tres senadores, cuando que el mucho mas poblado Partido (departamento) de La Matanza, con su buen millón de habitantes, tiene apenas un intendente y —de manera indirecta— algún diputado o senador provincial.

Hay que señalar aquí, sin embargo, un posible efecto negativo de esta compartimentación de unidades de representación política en base étnica. En los Estados Unidos, se la ha practicado a nivel de los distritos legislativos unipersonales, promovida por representantes de los grupos afroamericanos, que de esta manera se aseguran algunos puestos en el Congreso. Hay quien dice, sin embargo, que, aunque eso contribuya a formar una elite, o dirigencia negra, el resultado no esperado es que en las demás unidades (las otras circunscripciones vecinas en el caso norteamericano) la composición del electorado hará que los legisladores electos estén excesivamente influidos por las opiniones de la población blanca. Si no se hubiera hecho una separación de las áreas o barrios de mayoría afroamericana, en esos distritos vecinos la población de ese origen sería por cierto minoría, como lo es en el conjunto de los Estados Unidos, pero podría influir para conseguir legisladores amigos, pues constituiría en muchos casos el elemento de voto que puede ocasionar

una victoria o una derrota en las urnas, en base a apoyar a “blancos amigos”.⁶ Creo que de todos modos, tanto en el caso norteamericano como en el indígena aquí considerado, es conveniente la formación de unidades políticas donde el grupo discriminado y minoritario sea mayoría, como forma de *affirmative action*, para garantizarle áreas protegidas de representación, lo que puede ser eficaz al menos en una etapa intermedia.

EL SEPARATISMO DE LOS RICOS Y EL DE LOS POBRES

Es preciso observar aquí que el separatismo de algunas regiones en países del Primer Mundo está fogueado por regiones ricas, como Cataluña, o el Norte italiano (esta última con mucho menos justificación histórica, y menos aunque no despreciable apoyo político local). En el caso de los territorios de mayoría aborígen en casi todos nuestros países, la cosa se da al revés, pues ellos son más pobres que el resto, de manera que precisarían un fuerte apoyo nacional, o aún regional. Algo así como el que el núcleo inicial de la Unión Europea dio a Portugal o Grecia. ¿Será que lo hicieron por espíritu solidario, o benevolencia? Vaya uno a saber. Se me ocurre más bien que en algún momento se dieron cuenta de que les convenía fomentar el crecimiento de esos países, desarrollarlos, y basar sobre eso una nueva convivencia, eliminando los peligros de tener cerca de las propias fronteras a numerosas poblaciones miserables. Quizás nuestras elites políticas lleguen a tener la

misma lucidez, y que no tengan que aprender a golpes, como aprenden en general las elites, porque todos nosotros sufriríamos en el proceso.

LA MEZCLA ÉTNICA Y LINGÜÍSTICA: EL MODELO PARAGUAYO

El ejemplo del Paraguay, donde ha habido una fuerte mezcla étnica y un decidido respeto por las tradiciones y el idioma de los pueblos originarios, nos permite ser algo optimistas al respecto. Más problemática ha sido la convivencia en zonas del Caribe, especialmente Surinam y Guiana, pero ahí de lo que se trata es de diversas comunidades inmigradas, ninguna originaria y tampoco dominante, salvo en sentido muy relativo, pero la tensión étnica puede ser grave, como lo ha sido en episodios trágicos del pasado.⁷

Según dicen los demógrafos, hoy en Francia todos los franceses (salvo algún recién venido) son descendientes de Carlomagno. Esto es por un fenómeno parecido al que permitió al inventor del ajedrez llenarse de oro (o de bolsas de trigo) cuando pidió como compensación por su juego un grano por la primera casilla, dos por la siguiente y así siguiendo. Lo mismo pasa con Carlomagno, que tuvo tres hijos (reconocidos...) y luego sus sucesores continuaron la proliferación, incluyendo muchos que tuvieron mala suerte, de manera que los genes fueron bajando en la escala social, hasta cubrir a prácticamente todos los habitantes de la región, por ramas insólitas y poco cono-

cidas, claro está. ¿Será que dentro de unos cuantos siglos todos seremos descendientes de Túpac Amaru, o hasta de Atahualpa? Creo que sí, y saber que vamos hacia eso nos ayudará a dar prioridad, y peso cultural, a nuestra futura común proge. Aunque todavía falte mucho para ese evento de largo plazo, lo que hay que preparar desde ya es una valoración y estudio de todas nuestras ramas genealógicas. Además, aún sin pensar en futuros tan lejanos, hay que tener en cuenta la existencia, ahora ya, de una numerosa población de origen mezclado, y aunque a veces muchos de ellos se identifican más con el padre blanco que con la madre india, eso va a ir cambiando, y para que ello ocurra hay que valorar sus tradiciones y orígenes.

¿MITIFICAR EL PASADO, COMO HICIERON TANTOS OTROS?

Como sociólogo, no me gusta mitificar el pasado, como hacen muchos dirigentes de los pueblos originarios. Pero pensemos en el tremendo significado que ha tenido en la cultura y en la identidad europea la mitificación de la “democracia” ateniense, o de la república —y aún el imperio— romanos. Así que cuando vemos discutir a algunos intelectuales, actuales o pasados, sobre si el Incario era comunista o meramente socialista, tomémoslo con perspectiva universal, sin la pedantería de exigir pruebas. No se me escapa que entre los miembros de este seminario debe haber fuertes chorros de

sangre europea, pero apuesto cualquier cosa a que también hay de la aborigen. No es el caso mío, pero algún componente árabe o africano debe haberse metido en mis genes, durante los muchos siglos en que mis parientes vivieron en el Sur de Italia, y seguramente que lo mismo ocurre con la gran mayoría de nuestra famosa inmigración europea. Así que ya es tiempo de revalorizar a los califatos, o a la civilizada Al-Andalús, aunque más no sea que por razones de familia. Y lo mismo, con mucha más razón, nuestras culturas originarias. No es que lo indígena sea lo “genuino” de nuestro continente, y lo demás mera invasión distorsionadora. Lo fue, pero ahora es parte de nuestra realidad, la cual, por otra parte, está cambiando rápidamente.

Como las proporciones de originarios y ultramarinos son distintas en nuestros países, uno de los resultados de una mayor interacción supranacional será una mayor igualdad entre esos componentes, y en el peso que se debe dar a sus historias y tradiciones culturales. Y si alguien piensa que nuestras comunidades aborígenes tienen escasa experiencia y tradición democráticas —lo cual es cierto, a pesar de las mitificaciones en contrario—, no estará de más recordar que algunas de las peores experiencias dictatoriales del continente se han dado en la tan “inmigratoria” Argentina, por no hablar de las que imperaron en el Viejo Continente. Así que hay que estar dispuesto a que cada uno recorra su propio camino histórico, cosa que hay que prever que ocurrirá, aunque eso no implica

aceptar o legitimizar cualquier cosa, como tampoco hay que hacerlo en África, cuyas peores dictaduras son graves, pero, es preciso decir, muchísimo menos graves que las que asolaron a los supuestamente cultos países de Europa o Asia.

LA COMPATIBILIDAD DE UNA *LINGUA FRANCA* INDOAMERICANA CON LOS IDIOMAS ORIGINARIOS

En nuestro continente, la *lingua franca* seguirá siendo por mucho tiempo esa mezcla de español y portugués que conocemos tan bien, por oírla hablar en este tipo de reuniones. Su competencia, en todo caso, será el inglés, y no el quechua o el náhuatl. Pero a estos idiomas hay que darles peso y prestigio, y para eso es imprescindible difundir sus diccionarios, sus gramáticas, sus cuentos y tradiciones literarias o históricas. No estoy proponiendo que el estudio de esos idiomas sea obligatorio en todas nuestras escuelas, aunque sí creo que debe serlo —y nos conviene que sea— el inglés. Conocer y respetar esas culturas originarias sí debe ser obligatorio, y en zonas donde hay concentración de esa población hacer que la educación sea bilingüe (como en el Paraguay). Ocurre que en el Paraguay el componente indígena es muy homogéneo, por la base guaraní (aunque hay también ahí sectores distintos).⁸ En la mayoría de nuestros países, la “solución paraguaya” no es posible. Pero a niveles locales o subregionales es otra cosa. Para la Argentina, por ejemplo, en las zonas donde habi-

tan los wichis, sería recomendable que toda la población, originaria o criolla, aprendiera ese idioma. Pero no se puede imponer eso en las áreas donde la composición étnica es muy distinta. En otras palabras, si queremos desarrollar una utopía, no está mal que la imaginemos con todos los detalles posibles, pero no tenemos que caer en los errores, tan nefastos en el siglo pasado, de creer que se puede llevar la utopía a la realidad sin dar el tiempo necesario para que maduren las brevas.

LAS VARIANTES DE *AFFIRMATIVE ACTION* EN NUESTRO MEDIO

En este proceso, va a ser necesario incorporar elementos de *affirmative action*, como se ha hecho en los Estados Unidos, donde es cada vez más obvia la diversidad de culturas.⁹ En eso cada uno debe explorar su camino. En el país del norte, ha habido una cierta reacción contra esa metodología, y no sería raro que se la fuera abandonando, en la medida en que sus primeros efectos habrían dado fruto (o, en una interpretación opuesta, habrían producido efectos negativos sobre la convivencia interétnica).¹⁰ Algo parecido ocurre con el tan mentado “canon universal” de la cultura (y la teoría política) que ha sido muy debatido.¹¹ Ahí también se ha estado dando una reacción, en parte por los excesos con que a veces se la ha querido implementar. Respetar todas las tradiciones etnoculturales no implica desconocer las excelencias individuales, independientemente de que éstas

se encuentren —en nuestro tiempo histórico— más en un canon que en otro. El relativismo absoluto que hace que se le dé el mismo valor a un cuento de Borges, o un drama de Shakespeare, que a una mitología originaria no le hace bien a nadie, entre otros motivos porque con el tiempo y el pasar de los entusiasmos la perspectiva puede cambiar y hasta ir al otro extremo, desvalorizando lo propio, ante las exageradas valoraciones que se pueden haber tenido de ellas, y que con demasiada facilidad se pueden caer de ese pedestal. Pero no estaría mal que nuestros jóvenes estudiosos (que los hay) en la escuela secundaria, por ejemplo (que las hay buenas), tuvieran tanta familiaridad con los dioses mexicanos como con los griegos o romanos, y lo mismo con los héroes epónimos de esas culturas.

LA IMPRESCINDIBLE REFORMULACIÓN DE TEORÍAS POLÍTICAS PARA EL ESPACIO-TIEMPO INDOAMERICANO

Ante la posible emergencia de nuevos sistemas políticos en áreas separadas o muy autónomas, es preciso también hacer una revisión, ampliación y readecuación de nuestras teorías políticas y criterios constitucionales. En el fondo, esas teorías, desde las de Aristóteles hasta las de Marx, pasando por Hobbes, Montesquieu o John Stuart Mill, no se basan en otra cosa que en una extrapolación y generalización de los fenómenos históricos que sus autores conocían. Por lo tanto, si vamos a formar a las elites emergentes en los nuevos ámbitos nacionales y

étnicos con las teorías basadas en experiencias muy ajenas, siempre vamos a equivocarnos. No es que cada región sea un mundo cerrado distinto, teoría ésta que en algunos momentos tuvo bastante andamio entre nosotros, como reacción extrema ante el problema que estoy describiendo. Pero, aunque la naturaleza humana siga siendo la misma en las diversas culturas, e incluso los regímenes políticos no sean tan radicalmente distintos como puede parecer, el hecho es que el espacio-tiempo tiene diversas coordenadas mentales siguiendo en algo a las coordenadas geográficas.

DEL NEOPOPULISMO AL INDIGENISMO

El tratamiento que ha tenido entre nosotros el tema del populismo es un ejemplo demasiado conocido de esta problemática. Como el fenómeno se renueva, y adquiere algunos aspectos nuevos en el indigenismo, es bueno echar una mirada a esos procesos. Los movimientos simbolizados por figuras como Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador son el resultado de cambios profundos en la estructura social de esos países, unidos a fracasos de dirigencias anteriores.¹² Lo que ocurrió es el continuado afluir de amplias capas marginadas de la población, desde sus residencias rurales o de pequeños pueblos, donde eran “menos visibles” y, desde ya, menos influyentes, hacia las grandes ciudades, donde los contrastes sociales son más explícitos e irritantes. Al mismo tiempo, aún en las áreas

rurales o de pequeños pueblos que quedan, se está dando el acceso de la población a la educación y a las comunicaciones, incluyendo la formación de grupos dirigentes que se capacitan para conducir a la masa del sector, dándole más voz y presencia en la arena nacional. Estos grupos demandan liderazgos a nivel nacional, que podrían haber sido dado por partidos populares preexistentes (como Acción Democrática en Venezuela, el Movimiento Nacionalista Revolucionario boliviano, o la Izquierda Democrática o el Roldosismo del Ecuador). Múltiples causas hicieron que fuera difícil para ellos cumplir este papel, pero no está dicho que les hubiera sido imposible hacerlo. Lejos de ello, en su momento canalizaron fuerzas equivalentes, pero en un contexto social muy distinto, de manera que podrían haber captado la nueva situación. Eso no ocurrió, por múltiples razones que sería excesivamente largo explorar aquí. También pareció sufrir la misma suerte el Aprismo en el Perú, pero ahí el partido supo recomponerse, quizás por la menor magnitud de los cambios (comparado con Venezuela) o el menor peso de la población indígena (comparado con Bolivia).¹³

El fenómeno de la incorporación al sistema político, si se da, de todos modos no será inmediato, como lo demuestra entre otras cosas el caso guatemalteco, con la escasa presencia electoral del movimiento de Rigoberta Menchú. Los partidos populares preexistentes, empezando por el Aprismo, tienen la oportunidad de entender el fenómeno y canalizarlo en sus filas, aunque hay que

tener en cuenta que una larga experiencia de participación política les ha generado en su seno o en su entorno una serie de intereses creados (a diversos niveles de clase) que deben ser afectados para dar lugar a los nuevos entrantes que están golpeando a las puertas.¹⁴

Estos movimientos “neopopulistas” que plantean una alternativa con el nombre de socialista tienen algún parecido, pero con ideología más radicalizada, con los que caracterizaron a otros países de mayor desarrollo, como Argentina o Brasil, en etapas anteriores. En Brasil los cambios han ocurrido por la enorme transformación industrial del país, que ha sentado las bases de un nuevo fenómeno de izquierda originalmente radicalizada y hoy reformista, el Partido dos Trabalhadores, fenómeno que ha sustituido también al primer populismo, el de Vargas y Goulart. Pero, dado el grado de desarrollo del país (o al menos de su importante área dinámica), no es muy probable que se den fenómenos como los antes descritos, del neopopulismo izquierdista. En cierto sentido, Lula es el equivalente, en cuanto a representación clasista, de esos fenómenos, aunque con distinta ideología y prácticas de conducción. Por lo tanto desplaza a quienes podrían ser sus émulos, al ocupar su mismo espacio social. En cuanto a la Argentina, el populismo clásico de Perón ha sobrevivido, y ha pasado por las etapas esperables de confrontación radicalizada, entendimiento con la derecha neoliberal (de manera algo extrema) y posterior divi-

sión y canalización en un movimiento popular reformista democrático.¹⁵

Los fenómenos indigenistas tienen amplio futuro en los países donde ese sector de la población es importante, lo que incluye sin duda al Perú y a México, aparte de varios otros en América Central. Los neopopulismos de izquierda mencionados, por representar a sectores “nuevos” de la sociedad, no pueden menos que reflejar sus carencias, sus odios, sus esperanzas algo milenaristas, como ocurrió en su tiempo con los clásicos socialismos o los primeros populismos. Quienes se emperran en exigirles el mismo comportamiento que hoy tienen, tras muchas décadas, sus predecesores, parecen no entender algunas de las leyes básicas de la evolución social.¹⁶

LA ALTERNATIVA PARA LOS PUEBLOS ORIGINARIOS

En fin de cuentas, para los pueblos originarios se marcan dos caminos: uno es el de buscar la formación de nuevas entidades políticas autónomas (municipales o provinciales) eventualmente algo separatistas, como hemos mencionado al inicio de esta exposición. El otro camino es el de la acción como sector dentro de la sociedad nacional multiétnica bastante mezclada. Esta última orientación implica, sin proponérselo, debilitar las perspectivas de la otra, en la medida en que tiene algo de éxito, pues va unida inevitablemente a una mayor mezcla étnica y, por lo tanto, a una menos intensa, o distinta, identidad. El principal reto para las dirigencias de

los pueblos originarios será el de saber coordinar ambas estrategias, sabiendo que habrá quienes se orienten más hacia una que hacia la otra. Saber integrar esos elementos contradictorios es una tarea que, bien considerada, debe enfrentar cualquier conducción política o ideológica, y para la cual es preciso prepararse, dejando de lado estrategias simplistas o unidireccionales.

NOTAS

- 1 Ira M. Lapidus, *A History of Islamic Societies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, especialmente Cap.16, sobre España y el Norte de África.
- 2 Víctor Raúl Haya de la Torre, *Adónde va Indoamérica*, 3ª ed., Santiago de Chile, 1936; *Toynbee ante los panoramas de la historia. Espacio-tiempo histórico americano*, Buenos Aires, Cía. Editora y Distribuidora del Plata, 1959.
- 3 Laura Luna F., *Un mundo entre dos mundos: las relaciones entre el pueblo mapuche y el Estado chileno desde la perspectiva del desarrollo y de los cambios socioculturales*, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007; Víctor Toledo Llancoqueo, *El pueblo mapuche: derechos colectivos y territorio. Desafíos para la sustentabilidad democrática*, Santiago de Chile, Programa Chile Sustentable y Fund. Heinrich Boell, 2005.

- 4 Canada Task Force on Aboriginal Languages and Cultures, *Towards a New Beginning: a Foundational Report for a Strategy to Revitalize First Nation Inuit and Métis Languages and Cultures*, Ottawa, 2005.
- 5 José Millalén Paillal *et alii*, *¡Escucha, winka! Cuatro ensayos sobre historia nacional mapuche y un epílogo sobre el futuro*, Santiago de Chile, LOM Ed., 2006; Isabel Hernández, *Autonomía o ciudadanía incompleta: el pueblo mapuche en Chile y Argentina*, Santiago de Chile, Pehuén, 2003.
- 6 El argumento está desarrollado en Charles Cameron, David Epstein y Sharyn O'Halloran, "Do Majority-Minority Districts Maximize Substantive Black Representation in Congress?", *American Political Science Review*, v. 90, n. 4, 1996. Los autores llaman distritos "majority-minority" a aquellos en los que el grupo minoritario y discriminado a nivel nacional es una mayoría.
- 7 Henk E. Chin y Hans Buddingh', *Surinam: Politics, Economics and Society*, London y New York, Frances Pinter, 1987; F. S. J. Ledgister, *Class Alliances and the Liberal Authoritarian State: the Roots of Post-Colonial Democracy in Jamaica, Trinidad and Tobago, and Surinam*, Trenton, NJ, Africa World Press, 1998; Brian Meeks, *Narratives of Resistance: Jamaica, Trinidad, the Caribbean*, Kingston, University of the West Indies Press, 2000; Perry Mars y Alma H. Young, comps., *Caribbean Labor: the Legacies of Cheddi Jagan and Michael Manley*, Detroit, Wayne State University Press, 2004.
- 8 Gerard Gómez, *La lengua vernácula en el proceso sociopolítico del Paraguay*, Asunción, Servilibro, 2007; Graziella Corvalán, *Competencia lingüística en español y actitudes de las maestras hacia el guaraní*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1991.
- 9 Un reciente libro lo expresa en su título: *The Coming White Minority*, New York, Times Books, 1996, de Dale Maharidge. Ver también Jorge J. E. Gracia, *Latinos in America: Philosophy and Social Identity*, Maiden, Mass, Blackwell Publishers, 2008, y Matthew L. M. Fletcher, *American Indi-*

- an Education: Counternarratives in Racism, Struggle and the Law*, New York, Routledge, 2008.
- 10 Christopher Newfield, *Unmaking the Public University: the Forty Year Assault on the Middle Class*, Cambridge, Harvard University Press, 2008.
 - 11 Allan Bloom, *The Closing of the American Mind: How Higher Education Has Failed Democracy and Impoverished the Souls of Today's Students*, New York, Simon and Schuster, 1987; Robert L. Stone, comp., *Essays on the Closing of the American Mind*, Chicago, Chicago Review Press, 1989; John Arthur y Amy Shapiro, comps., *Campus Wars: Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder, Co., Westview Press, 1995.
 - 12 Alfredo Ramos Jiménez, comp., *La transición venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, Mérida, Centro de Investigaciones de Política Comparada de La Universidad de los Andes; Enrique Ayala, *Lucha política y origen de los partidos en Ecuador*, Quito, EDUCA, 1978.; Osvaldo Hurtado, *El poder político en el Ecuador*, 16ª ed., Quito, Planeta, 2007 (1ª ed., 1977); Lucas Kintto, *Rafael Correa: un extraño en Carondelet*, Quito, Planeta, 2007.
 - 13 Luis Millones, *Ser indio en el Perú: la fuerza del pasado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; Osvaldo Albornoz, comp., *Las luchas indígenas en el Ecuador*, Guayaquil, Claridad, 1976; Josep M. Barnadas et alii, *Los Aymaras dentro de la sociedad boliviana*, La Paz, Centro de Investigación y Promoción del Campesinado, 1976; Silvia Rivera Cusicanqui, *Oprimidos pero no vencidos: luchas del campesinado aymara y quecha, 1900-1980*, Ginebra, Instituto de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, 1986; Yvon Le Bot, *El sueño zapatista: entrevistas*, Barcelona, Plaza y Janés, 1997.
 - 14 Edelberto Torres Rivas, *Interpretación del desarrollo social centroamericano*, San José de Costa Rica, EDUCA, 1971.
 - 15 He argumentado mas extensamente esta interpretación en mi reciente *Ideas para una nueva etapa en la política argentina*, Buenos Aires, Corregidor, 2008. Ver también Helio Jaguaribe, *O Problema do Desenvolvimento Econômico e a Burguesia Nacional*, São Paulo, Fórum Roberto Simonsen,

- 1956, y *A Crise do Populismo Brasileiro*, Rio de Janeiro, Iuperj, 1975; y Paulo Brandi, *Vargas: da Vida para a História*, Rio de Janeiro, Zahar, 1985.
- 16 Rita Giacalone de Romero, comp., *Guyana hoy*, Mérida, Corpoandes, 1982; Percy C. Hintzen, *The Costs of Regime Survival. Racial Mobilization, Elite Domination and Control of the State in Guyana and Trinidad*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989; Ralph Premdas, *Trinidad and Tobago: Ethnic Conflict, Inequality and Public Sector Governance*, Basingstoke, New York, Palgrave Macmillan, 2007.